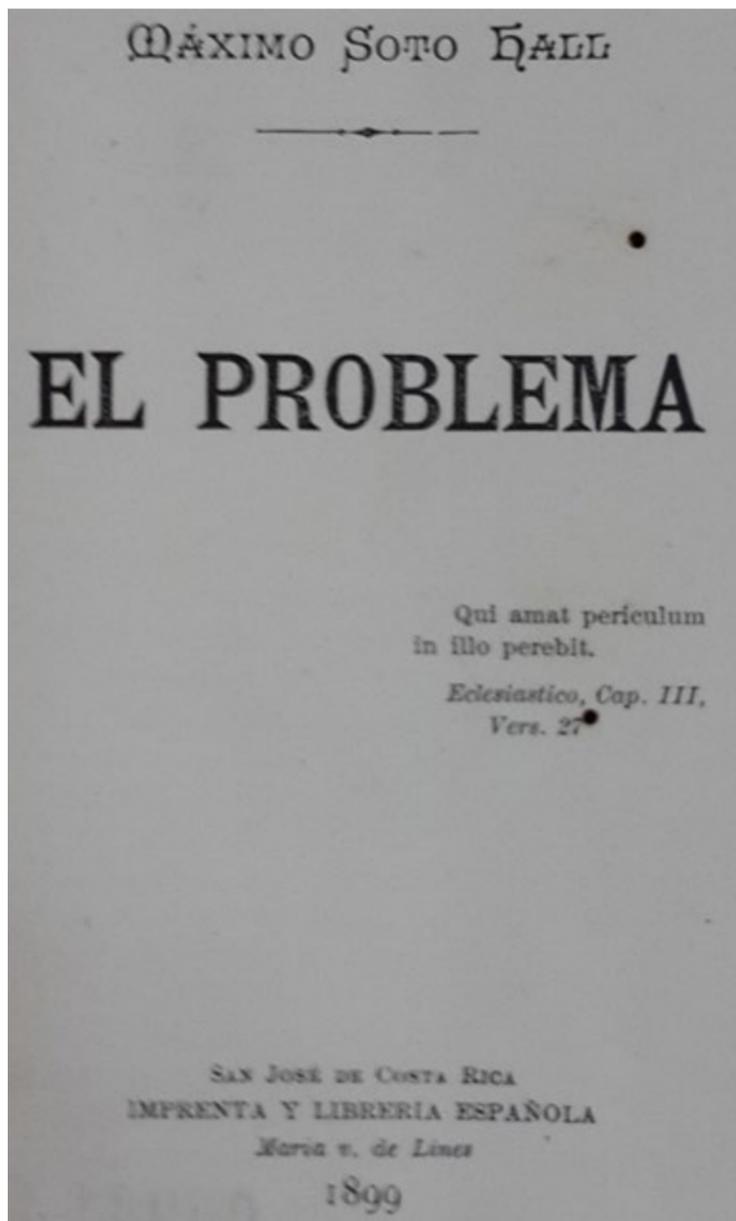


Máximo Soto Hall



Si bien Soto Hall fue guatemalteco, he querido estudiar aquellas de sus novelas que publicadas en Costa Rica, durante la larga permanencia del autor entre nosotros, reflejan algo de la manera de ser íntima del costarricense.

El problema es una novela de tesis. Estudia, en la región tropical de América, el antagonismo entre dos razas que parecen no comprenderse y que, a la larga, han de concluir conociéndose mejor y adaptándose, en forma recíproca, la una a las justas exigencias de la otra.

Señala el novelista errores en la raza latina que en todo encuentran dificultades. A todo le tiene pavor, porque le han inoculado un convencimiento absoluto de la propia debilidad. Raza de los contantes días feriados, de las múltiples razones para abandonar el trabajo. Raza que no puede utilizar la fuerza de la propia savia joven y milagrosa. Gente que habla de la eterna primavera que domina en su naturaleza virgen; que no sabe ni siquiera aprovechar los brotes maravillosos de esa estación bienhechora. Raza que siente la fascinación del progreso. Como corolario nada fecundo, el desprecio hacia las expresiones legítimas de su interesante Psicología que se evidencia en culturas intensas ya olvidadas por culpa nuestra. Pueblos que agonizan. Que tuvieron personalidad allá en medio de los bosques, en los palenques solitarios en los que no solía llorar su pretendida debilidad, en donde sabía lanzar a los vientos sus aspiraciones nobles por medio de instrumentos que hoy son sólo un recuerdo, un recuerdo no más. Gentes que nunca aprendieron a ser lacónicas. A pesar de un falso patriotismo, que proclaman a gritos y en todo momento, ansían vivir siempre bajo tutela, ni siquiera aceptan la responsabilidad de ser independientes.

Frente a esa raza en la que se observa una absoluta falta de disciplina interior y que trata siempre de engañarse a sí misma, la gente rubia del norte, joven, fuerte de sangre poderosa y en constante actividad. Hombres de cerebros y de músculos de acero que transforman, sin dificultad, las cosas y las personas, gente de trabajo metódico, ordenado que se complace en una labor de perseverancia fecunda. Hombres que parecen máquinas dirigiendo máquinas que parecen hombres.

En el espíritu del protagonista se verifica el mismo duelo de razas. Ante él, dos mujeres: Emma, admirable, alta, robusta, de temperamento fuerte y sensible a un tiempo. Hay en ella la secreta fascinación de su raza. Hay en su mirada una intensidad definida que busca lo que está muy seguro de encontrar. Margarita, la flor delicada, de palidez mate, nerviosa, tímida, romántica, así como lo es su raza, la latina.

Julio, al volver a su tierra, Costa Rica, la encuentra del todo cambiada. Soñador, sensible, su conciencia fluctúa entre las aspiraciones de las dos razas, vacila entre los dos amores: el de Margarita y el de Emma. Va de lo espiritual a lo material en un inconsciente vaivén. Se mueve entre lo enérgicamente viril y lo delicada- mente femenino.

Margarita quedo allá, en la Francia generosa que alienta las ansias de espiritualidad, de todo el universo. Emma está aquí, de este lado del amargo Atlántico, saturándose de energías que saben evidenciarse.

En Julio ha desaparecido -como en su misma raza vencida- el espíritu indomable que dio vida a las rebel- días únicas de Lempira, de Tecum Umán, de Urraca, de Cocorí. No sabe defender lo suyo. Al ver que alguien -uno de otra raza se acerca a su ídolo de ahora, no actúa en el sentido de obtener el triunfo. Se hunde en los celos inútiles y desesperantes.

De la pasión hacia Emma, que ya había vencido en su alma, se deja arrancar sin protesta alguna. Ella acepta el matrimonio que le propone un hombre que no sabe tejer idilios, pero que tiene la fuerza necesaria para dominar a los hombres y a la naturaleza.

y Julio, desorientado, como su raza, no vuelve los ojos espirituales hacia la virgen amada que en la dulce y generosa Francia lo espera, soñando con su amor.

Se siente vencido y, como tal, rinde sus armas, cuya potencia nunca ha sabido probar, buscando voluntariamente la muerte. ¡NO tuvo confianza en su propio esfuerzo, no se sintió capaz de algo grande ... con su pueblo ... como su raza ... !